

EL LÍDER Y LA OBEDIENCIA

En esta lección veremos otro momento de la vida de Moisés que marcó un cambio en sus expectativas ya que, hasta ese momento, su gran meta era introducir al pueblo de Israel en la tierra prometida. Pero como debemos aprender también nosotros, el principal objetivo de su ministerio debía ser la obediencia al Señor. ¿Entonces, en qué falló este gran líder?

NÚMEROS 20

Moisés junto con Josué y Caleb, supieron que sólo los que salieron de Egipto siendo adolescentes y los que nacieron durante aquellos 40 años en el desierto, serían quienes Dios permitiría ingresar en la tierra prometida. Esto sucedió luego de la disciplina que el Señor impuso sobre el resto del pueblo por rebelarse a tomar posesión debido al temor a ser abatidos por una población que parecía inexpugnable. Con esa actitud, ellos demostraron su incredulidad en Dios que ya les había dado suficientes muestras de su gloria y poder sobrecogedores.

DOS FUNERALES

Pero algo sucedió en la vida del gran líder de Israel que truncó aquel sueño tan esperado. Nuestra lección tratará con esta experiencia. Números 20 comienza y termina describiendo 2 funerales: el de María y Aarón, los hermanos mayores de Moisés. Ambos fueron usados por el Señor para complementar la tarea del líder principal, pero ninguno de ellos alcanzó el nivel espiritual y el privilegio de mediar ante Dios por el pueblo escogido. Pero en medio del capítulo encontramos una demanda urgente del pueblo, una orden del Señor para dar respuesta a la misma y un fallo de Moisés que le valió un acto disciplinario muy doloroso.

Si has leído tu Biblia con regularidad, podrás recordar el fallo en la vida de muchos escogidos del Señor y si eliges un momento de debilidad espiritual en la vida de Moisés (el único en sus 40 años) seguramente es éste. Primera enseñanza para todo creyente: la fidelidad y obediencia pasadas no garantizan la fidelidad ni la obediencia futuras.

El dolor que sentimos al leer esta porción está relacionado con la reacción terminante del Señor de prohibirle ingresar a la Tierra Prometida por tan sólo un acto de desobediencia que a nuestro parecer ni siquiera fue importante. ¿Qué podemos aprender del fallo de Moisés? ¿Por qué Dios es tan severo en su disciplina con el hombre al que había descripto como el más manso de todos los hombres? Veamos:

ANTE LA CRÍTICA, PON TUS OJOS EN DIOS

Habían pasado 38 años del incidente de Cades Barnea y faltaban pocas semanas para ingresar por fin en Canaán. Nuevamente la sequía golpeó al pueblo y éste reaccionó contra Aarón y Moisés; la respuesta de ambos es la que todo creyente maduro debe tener: refugiarse ante la presencia del Señor.

Hay un himno cuya letra dice: “Pon tus ojos en Cristo, tan lleno de gracia y amor; y lo terrenal sin valor será a la luz del glorioso Señor”. Cuando algo o alguien nos provoque a perder la templanza lo que debemos hacer es pensar en la persona y la obra de Cristo.

NO OLVIDES QUE TODAVÍA EL PECADO TE ACOSA

Moisés fue descrito por Dios como un hombre manso, pero esto fue así sólo cuando fue dirigido por el poder del Espíritu Santo. Algunos comentaristas nos recuerdan que Moisés tuvo que lidiar con un carácter impulsado por la ira (al matar al egipcio, al salir de la presencia de faraón, al romper las tablas por el pecado del pueblo y ahora al golpear la roca).

Todos los creyentes seremos conducidos durante nuestra vida terrenal por nuestra propia naturaleza o por el Espíritu Santo. Jesús aplicó con el apóstol Pedro una regla: cuando actuaba impulsado por su naturaleza humana le llamaba Simón hijo de Jonás, en cambio cuando éste se dejaba guiar por el Espíritu Santo le llamaba Pedro. Moisés no fue la excepción, su fallo al final del camino fue dejarse arrastrar por ese pecado, no estar atento a su dominio.

QUIEN ES FIEL EN LO POCO

Es muy humano calificar el grado de severidad del pecado. Casi todos estaremos de acuerdo en que el pecado de Moisés al golpear la roca con la vara dos veces en vez de solicitar sólo con palabras que hiciera brotar agua, fue un detalle menor. El problema aquí es que Dios calificó esta acción como un acto de incredulidad que restó gloria a su santidad (Nm 20:12). Cuando Dios califica este pecado lo trata como un terrible desafío a su persona tres veces santa; el hasta ahora sabio y maduro espiritual Moisés se dejó llevar por su ira al fastidiarse con el pueblo, el problema fue que desoyó la orden del Señor.

LA ROCA DEL DESIERTO

El apóstol Pablo nos dice que la roca en el desierto que producía agua para la gente sedienta era un “tipo” de Cristo (1 Co. 10:4). Cuando Cristo vino por primera vez, tuvo que cargar con el castigo de nuestros pecados al ser “herido por nuestras transgresiones”. Pero Jesús tuvo que sufrir y morir una sola vez para hacer expiación por nuestros pecados, proporcionando el agua viva de salvación para todos los que tienen sed. Ahora que Él ha sufrido y muerto por nuestros pecados, sólo necesitamos clamar a Él en oración para satisfacer nuestras almas sedientas.

Entonces, al golpear la roca en esta segunda ocasión, Moisés no sólo desoyó la orden precisa, sino que arruinó el tipo que esta roca anticipaba: la muerte de Jesucristo una vez y para siempre para lograr nuestra salvación. Esta interpretación es compartida por muchos estudiosos como pastor Roger Ellsworth quién escribió: “Dios es muy preciso en todo el asunto de la salvación, y nosotros también debemos ser precisos”. Dice Matthew Henry: “Le ordena que le hable a la roca, que le obedecería, para avergonzar a la gente a la que se le había hablado tantas veces, y que no escuchaba ni obedecía. Sus corazones eran más duros que esta roca, no tan tiernos, no tan complacientes, no tan obedientes”.

SOMOS INSTRUMENTOS DE DIOS PARA MOSTRAR SU GLORIA

Leamos nuevamente Nm 20:10 ¿Quién haría brotar el agua? Curiosamente Dios realizó el milagro y el agua abundó calmando la sed de personas y animales. Cuidado cuando pensamos en términos de resultados y creemos que se deben a méritos propios. Es posible que al salir agua de la roca todo el pueblo se haya calmado y la imagen positiva de Moisés volviera a subir; pero este pasaje nos recuerda que Dios le descalificó. El origen de la rebelión del pueblo fue la incredulidad en Dios, ellos veían a Moisés y Aarón como los líderes de la conquista en vez del Señor. Moisés reaccionó con ira y se enojó por las quejas de la que ya era la nueva generación de Israel (me imagino a Moisés diciendo: son

igualitos a sus padres); pero entre obedecer al Señor y reaccionar contra un pueblo endurecido optó por lo segundo y eso le costó la disciplina de ser privado de entrar en Canaán.

ANTE LA FRUSTRACIÓN, CREE EN DIOS Y SUS PROMESAS

Hace poco escuché la predicación de un pastor que conocía de boxeo y afirmaba que los golpes que más le duelen al pugilista son aquellos que no espera, los que lo sorprenden. Moisés sintió un tremendo golpe cuando Dios le reprendió ese día. El mayor objetivo de su vida quedó absolutamente frustrado; su mayor sueño desapareció.

Imaginemos que somos los directores de la película que cuenta la vida de Moisés. ¿Cómo terminaríamos su historia? Moisés en lo alto del Monte Nebo, viendo la extensión de Canaán abajo y desapareciendo detrás de algún arbusto. No hay funeral ni tumba como la de sus hermanos. No hay mausoleo como se hubiera merecido un líder de su talla. Hoy en Israel podemos visitar la tumba del rey David, pero no la de Moisés.

LA SALVACIÓN DE MOISÉS

La Biblia nos permite saber algo más: desde aquella sentencia, Moisés escribió su carta de despedida, su legado personal que es el libro del Deuteronomio. Ya no tendría tiempo de repasar la ley y las promesas dentro de la tierra, así que Dios le inspiró la escritura final de la Torá. Dice Hebreos 3:1-6 que Jesús es superior a Moisés porque él también requirió de la muerte de Cristo para alcanzar las promesas.

Hubo en la vida de Cristo una escena donde Moisés vuelve a aparecer: en el monte de la Transfiguración. Allí él representó la Ley, por la cual quedó condenado porque, aunque transgredió en un punto, fue culpado de haberla transgredido por completo (Stg 2:10). Moisés estará en presencia de Dios y salvado de Su ira eterna por lo mismo que todos los escogidos de Dios: porque Jesús pagó por sus pecados y lo cubrió con su justicia (Ef 2:8).

CONCLUSIÓN

Nuestra meta en este mundo no debe ser la finalización de nuestros objetivos (aunque sean honrosos y valorados por quienes nos rodean) sino la obediencia a la Palabra de Dios. Para ello debemos conocer nuestras debilidades, estar atentos a los momentos de presión y estrés, pues es allí donde seremos probados. Dios es fiel, Dios no miente, Dios es santo, Dios es poderoso para terminar la obra que comenzó en nosotros (Fil 1:6).

Tropezar justo al final no pone en riesgo nuestra salvación, pero demuestra nuestra tendencia a depender de nuestras fuerzas en vez de las de Dios. Moisés también nos dejó relatado su fallo para que aprendamos esa lección.